

# Al sur de Tarifa, el Islam

ALFONSO  
de la SERNA

**H**e atravesado muchas veces el Estrecho de Gibraltar y también ese brazo de mar, esa «Mancha mediterránea», como la llamaba Fernand Braudel, que corre entre las costas del sureste español y las africanas, al oeste de una línea imaginaria que uniera a Valencia con Argel. «Mancha mediterránea» que va angostándose nacía el oeste, haciéndose casi un canal hasta convertirse en el vestíbulo del Estrecho. Siempre que cruzaba esos espacios marítimos tan «mediterráneos» me sentía, como el adjetivo indica, «entre las tierras». Me daba cuenta, de manera física y casi palpable, de que me hallaba en medio de dos mundos, en la línea divisora que separa a Oriente de Occidente, a Europa del Islam. Tal vez ninguna otra «frontera» del mundo marque de modo más terminante la arista de separación y convergencia de dos espacios históricos tan radicalmente distintos. En las ocho millas que hay entre Punta Marroquí, en Tarifa, y Punta Gires, en Marruecos, se resuelve el encuentro más inmediato entre nuestro mundo europeo, occidental, y el Islam. Allí, enfrente de Tarifa, empieza el Islam de Occidente. Quien esto escribe no es un islamólogo, ni un arabista, ni un historiador ni nada importante que justifique la menor afirmación de valor científico. Es un simple diplomático que vivió once años en el Magreb y que sólo intentará aquí transmitir al lector algunas de las impresiones que en su ánimo suscitaron las experiencias vividas en dos países islámicos y árabes, vecinos de España, y las travesías frecuentes de la «frontera» que de ellos nos separa y a ellos nos une.

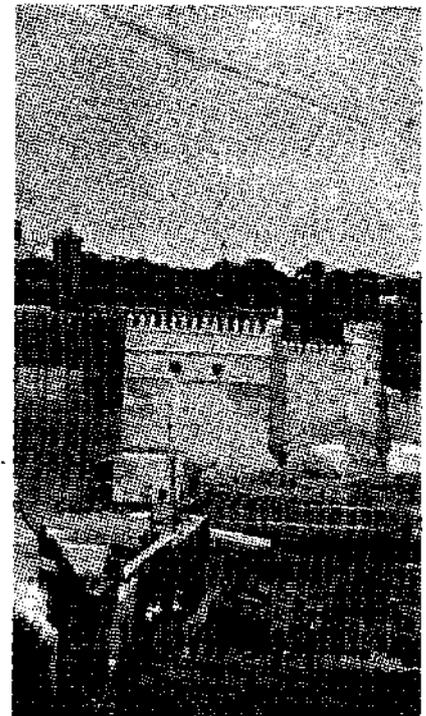
Como es bien sabido, la palabra Magreb significa «occidente», «poniente», y procede de una raíz árabe que ha dado también algún vocablo conocido en nuestro idioma, como «Algarve», nombre de una provincia portuguesa situada en el oeste meridional de la Península ibérica. Esa raíz, «garb», tiene en árabe, además una connotación de lejanía. Descubrimos, pues, aquí una idea de extremidad, de lontananza: donde se pone el sol. El máximo de esta idea será el nombre clásico de Marruecos: «al-Magreb al-Aksa», «el extremo occidental»; algo que nos suscita ya la idea de confín remoto. El Magreb era, en efecto, para los árabes un confín lejano, una tierra distante, separada del Oriente y del resto de África por el desierto líbico y por el enorme espinazo montañoso de Atlas. Era —otro nombre suyo— «la isla de Occidente»: «Jazirat al-Magreb». Según Bernard Lewis (1) las campañas militares que condujeron a los árabes hasta el lejano extremo occidental del Mediterráneo no tuvieron para aquéllos la trascendencia de sus guerras en Oriente y de sus luchas contra el Imperio Bizantino. La batalla de Poitiers, por ejemplo, tan celebrada en Europa como un hecho capital, apenas merece en la historiografía árabe más consideración que la de un episodio menor, sucedido en un lugar bien apartado de la tierra germinal del Islam. Así de lejano les parecía el Magreb

*Confín  
remoto*

## *El Islam de Occidente*

a los árabes. Y, sin embargo, para nosotros, españoles, el Magreb ha tenido una importancia decisiva que no creo necesario recordar aquí, como la tuvo para los magrebíes la vecindad de España. Desde el año 711, fecha del supuesto desembarco de Tarik en Gibraltar (2), el sur de Europa occidental —Italia meridional, sur de Francia, Portugal, durante algún tiempo; pero, sobre todo, España durante largos siglos— ha formado parte del espacio geográfico en que se desarrollan capítulos prominentes de la historia magrebí, y aún hoy nuestra Europa occidental y mediterránea es algo mucho más relevante para el Magreb —dejado aparte la natural y profunda solidaridad religiosa y cultural con sus hermanos musulmanes, árabe, africanos— que el resto de África e incluso que el Islam de Oriente. Esto es algo que debemos tener presente: el Islam de Occidente, básicamente el Magreb, es algo que no podemos ignorar y no sólo por razón de una proximidad geográfica o de un pasado histórico sino porque llama a nuestras puertas todos los días con unos problemas que tenemos pendientes, con unos intereses comunes, con una inmigración constante que en el caso de Francia alcanza la cifra de varios millones de magrebíes y que en el caso de España llega, probablemente, a varios cientos de miles. Yo he palpado esa significación que Europa tiene para el Magreb, en le Túnez de Burguiba —hace años— y en el Marruecos del rey Hassan II, dos esclarecidos jefes de Estado que han entendido perfectamente a Occidente, de cuyas raíces participaron en tiempos lejanos sus propios pueblos, y hacia donde se han dirigido en nuestro tiempo muchos de sus intereses políticos, económicos, culturales, humanos, sin ninguna mengua de la fidelidad de ambos hombres a su «arabidad» e «islamidad» No olvidando que en el área territorial del actual Oriente islámico la presencia a las culturas de Occidente —Grecia, Roma, Bizancio— había sido muy grande en el pasado, a mí me parecía que en el Magreb, quizás por su condición de «isla» lejana, y por la ausencia de las grandes invasiones orientales —Babilonia, Persia, Turquía...—, el Islam había debilitado mucho menos las huellas «occidentales» que eran bien visibles en los constantes e impresionantes vestigios de Roma en tierra tunecina, la tierra de San Agustín, Santa Mónica, San Cipriano, Apuleyo, Tertuliano, Floro...; o en Ma-

## *Culturas de Occidente*



ruecos, la «Mauritania Tingitana» de los romanos. Desde los altos de Kelibia, en la costa tucenina del Estrecho de Sicilia, se vé la isla italiana de Pantellería, por no decir cómo se vé España desde el Yebel Musa o desde la bahía de Tánger: al alcance de la mano.

Estas cercanía físicas siempre me explicaban las proximidades humanas y para no irme demasaiados siglos atrás en la evocación, recordaré que en Túnez me encontré con la huella aún fresca de los «moriscos» o «andalu-síes» españoles que fueron expulsado de nuestra patria —que era la suya en el siglo XVII y la cual todavía sus descendientes actuales recuerdan en la memoria colectiva y honran con la custodia de sus tradiciones, incluso la del idioma español, olvidado hoy, aunque presente en numerosas palabras del vocabulario popular tunecino, pero hablado todavía en algunos lugares no hace más de siglo y medio (3). Cuando pensaba en célebres personajes moriscos tunecinos como Mohamed Taybili, que nació y se educó en Toledo en donde toda su vida había sido llamado Juan Pérez (4), no podía librarme de recordar los infinitos casos de convivencia, simbiosis, íntima relación que se habían dado entre nuestros dos países a lo largo de la historia, incluso en la época islámica fundacional cuando Kairuan, capital espiritual de Túnez, en donde se alza la primera gran mezquita de Islam de Occidente, era el centro político musulmán del que dependían los primeros gobernadores árabes de Córdoba.

¿Y que decir de Marruecos y de mis sensaciones en ese fascinante país?. ¿Qué decir de Fez, remota ciudad musulmana, encerrada en sí misma, secreta pata cualquier visitante extranjero, para cualquiera que no sea español y se haya tomado la molestia de repasar nada más que un poco de las historias íntimas de Fez y Córdoba, de Fez, remota ciudad musulmana, encerrada en sí misma, secreta para cualquier visitante extrenjero, para cualquiera que no sea español y se haya tomado la molestia de repasar más que un poco de las historias íntimas de Fez y Córdoba, de Fez y Granada, de Fez y Sevilla...? Todo Marruecos que puede tornar un libro abierto para un español que sea capaz de despojarse de la capa de imágenes falsas, de residuos mentales, de «complejos anti-moros» que pasan con frecuencia sobre la mentes de nuestro país.



*Lo árabe en  
nuestra historia*

Y es que el Islam de Occidente es algo no sólo físicamente próximo a nosotros sino histórica y humanamente. Repito que no intento aquí «hacer» ciencia histórica, de lo que no soy capaz, y que, además, se encuentra en los libros y hasta en los manuales al alcance de todos. Sólo quiero evitar al lector a reflexionar. Lo árabe, lo islámico, fue un factor integrante de nuestra propia historia; se encuentra no en las «afueras» sino en los «adentros» de ella, aunque los españoles de hoy no seamos en absoluto ni árabes ni musulmanes. Todos hemos citado alguna vez y yo mismo lo he hecho y lo seguiré haciendo, porque es luminosa, la célebre frase de Ortega y Gasset a propósito de la Reconquista de España contra los árabes: «Una reconquista que dura ocho siglos no es una reconquista, es otra cosa». En otro lugar tuve la osadía de intentar completar la idea con unas palabras mías: «Una ocupación que dura ocho siglos no es una ocupación, es otra cosa» (5). Quise decir con ello que quizás haya muchas «cosas» indiferentes, por ahora, entre magrebies y españoles pero que, en todo caso, no merecen exactamente los apelativos que hasta ahora les han sido asignados por una cierta rutina mental cuando no por una inclinación a los mitos históricos. Son aquellas «cosas» harto más complicadas; no están, nítidamente, «en blanco y negro», sino llenas de matices a veces sutilísimos, casi inaprehensibles, pero que cuando se captan nos iluminan las zonas de sombra en que hemos mantenido nuestra visión del vecino, islámico de ahí enfrente.

*Tronco  
común*

El Islam no es sólo una fe religiosa —y nunca se recordará bastante a los olvidadizos o ignorantes Que es una fe del mismo tronco común que la cristiana; el tronco de Noé, Abraham, Moisés, los profetas, Jesús...—sino que es también una civilización, una «forma de vida», una comunidad de pueblos obedientes a unas normas en las que la líneas divisoria entre lo religioso y lo civil o político, es impalpable. Entre nosotros, occidentales, herederos de la civilización cristiana, la distinción entre lo religioso y lo político es clara desde hace veinte siglos: «A Dios lo que es de Dios y al César lo que es de César». Entre musulmanes no hay distinción. Sin ir más lejos en los ejemplos: el Rey de Marruecos es, al mismo tiempo, jefe del Estado marroquí y «Amir al-Muminim», emir o príncipe de los creyentes. Une en él la autoridad civil y religiosa. (Lo cual, si nos pusiéramos a pensar nos daría algunas claves de ciertos problemas políticos y territoriales que aún no hemos entendido bien). Por eso, para un musulmán tradicional un extranjero, más que «americano», «francés», «inglés» o «español», es un «infiel» alguien que se encuentra fuera de la «umma» o comunidad islámica. Y una frontera territorial de un país musulmán es, más que una divisora política, una línea de separación del «Dar el-Islam» o casa del Islam, lo que explica también muchas solidaridades musulmanas con países hermanos en guerra con países extranjeros.

*Primero  
españoles,  
luego vecinos*

Pero, al mismo tiempo, por ser una civilización y una «forma de vida», el Islam de Occidente ha estado abierto, precisamente, al Occidente en donde se encontraba, a la civilización occidental que fue su vecina y en la que, en cierto modo, practicó algunos injertos o los recibió. Muchas veces me he preguntado aunque no sé responderme: los musulmanes, los árabes que vivieron en España ocho siglos, que fueron «españoles», que luego se quedaron ahí enfrente como vecinos nuestros; con los cuales compartimos guerras y paces, separaciones y amistades, odios y amores, una vida larga, en fin, desde 711 a 1921 —fecha del desastre Annual que cito por ser un día trágico en la historia de nuestros enfrentamientos—, o sea, 1167 años, ¿no

serán algo distinto del Islam oriental, algo más próximo, comprensible, digno de interés y de diálogo?.

¿Y qué se opone a que, unos y otros, entendamos todo esto y, como se suele decir, lo «interioricemos», convirtiéndolo en conciencia viva y alerta, en ventana abierta al diálogo?. Supongo que cualquier lector, de un lado o de otro, podrá argüir muchas razones concretas, reproches, quejas, sospechas, que nos distancian y hasta enemistan. Pero yo veo de nuestro lado, además de esas posibles razones, una que me preocupa desde que empecé a transitar «al sur de Tarifa»: una oscura imagen.

¿Voy en estos párrafos finales a usar la palabra que los españoles han utilizado casi siempre para definir a ese musulmán, árabe o beréber, que tenemos con nosotros, enfrente de nosotros, metido dentro u hostigándonos fuera, desde el año 711 a nuestros días: «el moro»

*El «Moro»*

El «moro» —palabra imprecisa utilizada por los españoles a troche y moche incluso para los que no tienen nada de «moro», pero que emplearemos aquí porque forma parte de la imaginería— lleva casi trece siglos en el horizonte español o en las estancias interiores de nuestras historias viviendo esa vida ambivalente arriba señalada: enemigo, amigo; extranjero, compatriota...

Este doble papel representado por el «moro» ha complicado de tal manera nuestro entendimiento que ya resulta difícil discernir la función profunda del «moro» en la vida española, saber si es un elemento extraño a ella o si está hondamente enterrado en sus extrañas. El caso es que ha segregado en nuestra mente una imagen confusa, rodeada de sombras, inquietante. Ahora bien, una imagen es, ante todo, una representación mental; no es un conocimiento real; puede no ser más que un reflejo, una sombra.

El «moro» es, más que nada, una idea que nos hacemos de una realidad que no hemos llegado a conocer plenamente. Su identidad real, su verdadera función en nuestra propia historia, su ser auténtico y real continúan ocultos para nosotros detrás de toda una imaginería que podemos ir descubriendo a través de los siglos en nuestra historiografía, nuestra literatura y tradiciones populares; y, lo que es peor, en nuestras visiones políticas, incluyendo las más actuales. Desde la prosa casi apocalíptica de la «Crónica mozárabe de 754», primer relato de la invasión de los «moros», a la literatura moderna de los novelistas de la guerra del Rif, el «moro» es, más o menos, el mismo personaje oscuro, el «otro» lejano, desconocido, aborrecido. En raros periodos, la ambivalencia de la imagen suscita ciertas «maurofilias» como las que determinaron los «romances fronterizos», las «novelas moriscas» e incluso nuestro admirable arabismo científico moderno, pero todo ello no sin ásperas reacciones de los que no se desprenden de las sombras de esa oscura imagen.

Esto ha repercutido en nuestra idea del Islam, aunque lo tengamos tan cerca. Llamo «idea» a lo que, en realidad, no es más que un conjunto de sentimientos más o menos emocionales que han desfigurado notablemente lo que en realidad es el Islam. Los brotes de fanatismo y de violencia —frecuentemente originados en frustraciones políticas de largo alcance— aparecidos modernamente en los países islámicos y que contradicen la verdadera esencia del Islam, han hecho que muchos entre nosotros olviden lo que es esa religión en la que la historia nos prueba que existió también la más alta espiritualidad y la mayor tolerancia.



El Islam de Occidente es nuestro ineludible vecino y cada vez reclamará de nosotros una mejor comprensión. No nos debemos dejar ofuscar por los desgraciados ejemplos que ensombrecen o ensangrientan el mundo ni reducir cuando sucede en la escena internacional a una historia de «buenos y malos». Todos llevamos encima buenas dosis de bondad y de maldad. Lo que deberíamos hacer es intentar lanzar una mirada clara al otro lado de Tarifa...

(1) Bernard Lewis, «Comment l'Islam a découvert l'Europe», Editions La Découverte, París 1984.

(2) Joaquín Vallvé Bermejo, «Nuevas ideas sobre la conquista árabe de España», Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, Madrid 1989.

(3) Alfonso de La Serna, «Imágenes de Túnez, 2.ª edición, Instituto de Cooperación con el mundo árabe, Madrid 1990.

(4) Luis F. Bernabé Pons, «El canto islámico del morisco hispanotune-cino Taybili», Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1988.

(5) Alfonso de la Serna, «Marruecos», ABC, 24 septiembre 1989.